

EL FÉNIX

Le conocí en la largada de la QH. Llegué tarde, nervioso, perdido de mis amigos y estaba la salida. Ahí estaba, tranquilo, sereno, mirando curioso todo cuanto nos rodeaba. Su fisonomía denotaba no ser nativo; entonces le saludé: “Buen día amigo, ¿todo bien?”. – Ah, buenos días. Sí señor, todo bien. Su acento me lo confirmó, no era de por acá. ¿De dónde es amigo? -le pregunté-. –De Colombia.

–Viene desde muy lejos. ¿Profesional? –No, aficionado. En esas dieron aviso para partir y gradualmente fuimos subiéndonos en las bicis -había mucha gente- para iniciar la marcha. Me fui junto a él. Pedaleaba sin afán, y siempre mirando a todos lados. ¿Y cuál es el plan? -le pregunté- ¿esperar la montaña para ganar posiciones? Sabía que los colombianos eran buenos para el ascenso. –Mi único plan es gozarme el paisaje durante toda la vuelta. No vine a competir, me dijeron que esta era una vuelta cicloturística, así que vine por eso.

Me sentí relajado, el tipo era igual que yo; más bajito y delgado, pero con las mismas intenciones que me habían traído a la Quebrantahuesos. Decidí entonces pedalear junto al Colombiano. Los primeros 40 kilómetros conversamos acerca del estilo de vida en Colombia y el estilo de vida Europeo. En conclusión, básicamente son lo mismo, aunque con algunas diferencias técnicas o tecnológicas. Definitivamente todos los seres humanos somos iguales. Queremos lo mismo, sentimos y sufrimos igual.

Iniciamos el ascenso al alto de Somport. Lógicamente yo me empecé a agitar. Mi amigo seguía igual que cuando empezamos, algo sudado pero sin muestras de cansancio o esfuerzo físico. Incluso creí que me iba a dejar rezagado. La

exigencia de esta primera montaña me obligó a intervenir menos en nuestra charla, pero también reconozco que el hecho de ir distraído escuchando y opinando me hizo más llevadera la subida.

Bajando hacia Francia no conversamos. El latino estuvo todo el tiempo admirado con el paisaje durante la trepada y ahora que descendíamos sonreía como un niño, se notaba su fascinación por todo. Pensé que había hecho un viaje bastante largo y si le hacía charla le haría perder su paseo.

Irónicamente, la conquista del alto de Portalet, que había sido mi mayor preocupación, transcurrió de manera muy distinta a como lo imaginé. Resulta que de pronto, en medio de otra charla, le pregunté de manera muy espontánea y desinteresada sobre su lugar de residencia en Colombia y le di a entender que él debía gozar de una buena situación financiera con respecto a sus coterráneos para darse el lujo de viajar como turista solo para un evento de ciclismo internacional. Entonces estuve todo el tiempo concentrado en su relato durante el ascenso al temido pico Francés.

-Vivo en Montefiori, un hotel campestre en una montaña. Hago de todo un poco: limpio, quito yerba, cocino, pero lo que más me gusta de todos mis oficios es llevar a los huéspedes a caminar por la montaña y luego a refrescarse en las cascadas del río. Bajo 2 o 3 veces por semana al pueblo, Floridablanca se llama, en el departamento de Santander. Allí hago las compras de los insumos que necesita el hotel y los envío en un *jeep*. Mi medio de transporte es la bicicleta, una todoterreno, y pues, teniendo en cuenta que vivo en una montaña, cada vez que subo y bajo hace uno el entrenamiento suficiente para estar en forma. Es chistoso,

porque antes ni montar bicicleta sabía. Yo vivía en la capital, en Bogotá. Una ciudad enorme, llena de edificios, calles, autos, gente, humo, basura, ruido.....hay de todo menos humanismo. Un día, caminaba rápido, estaba estresado, iba tarde para una reunión, crucé la calle sin mirar, discutía por teléfono con alguien, algo me tocó la pierna, y todo se oscureció. No sentí nada, no vi nada y no escuché nada. Simplemente todo quedó negro. No recuerdo absolutamente nada.

Después fue como si soñara; veía un techo y caras de personas que me hablaban. Tenía una máscara de oxígeno, no me podía mover, cables y tubos me salían de todas partes y a veces unos dolores impresionantes en brazos y piernas me hacían gemir; ni siquiera podía gritar. No entendía que estaba pasando. Después de despertarme varias veces, un poquito más lúcido y asustado, un médico se acercó y me dijo: Señor Prada, sufrió un accidente. Un carro lo atropelló y sufrió varias fracturas. Voy a ser sincero con usted; en teoría no deberíamos estar hablando, o sea, usted es algo así como un milagro. ¡No sabíamos que lo iba matar, si las heridas o la anestesia!! Sus niveles de azúcar, colesterol y triglicéridos están por encima del límite y el sobrepeso no es que le colabore mucho a su respiración y circulación. Ahora, aprovechando su seguro médico, yo le recomiendo una terapia completa de recuperación lejos de Bogotá.

Cuando pude salir del hospital, viajé a Bucaramanga, a casa de mi madre. Allí busqué un centro de rehabilitación física; al mes dejé las muletas, luego pasé a terapia muscular en piscina, después me recomendaron hacer bicicleta. Me reí inicialmente porque, como le decía, yo ni siquiera sabía montar. Pero el doctor hizo tal exposición de los efectos del ejercicio en mi cuerpo para mi recuperación

que simplemente me convenció. Recordé un viejo amigo, ciclista de montaña aficionado. Lo llamé, lo saludé y le conté todo lo que me había pasado. Al otro día estaba en su casa. Me consiguió una bicicleta prestada y él mismo me acompañó durante todo el proceso de aprendizaje y recuperación. Al principio fue duro, difícil, agotador, incluso quise renunciar un par de veces, pero mi amigo fue persistente, alentador y convincente. Tamaño favor me hizo. Después de 3 meses me dijo que había llegado la hora de hacer una ruta de “graduación”, que ya no lo necesitaba más a él, que de ahí en adelante yo podía y debía empezar a salir solo, a “descubrir el mundo” me dijo. Fuimos a San Gil, un municipio a 90 kilómetros de distancia. Yo había estado en ese lugar un par de veces antes, y conocía la carretera, pero era la primera vez que estaba en ella como ciclista. Todo era absolutamente nuevo. Como si nunca hubiera pasado por ahí. El paisaje era real, espectacular, tuve que parar varias veces a mirar. Cuando miras desde la ventanilla de un auto o de un bus, es como cuando miras televisión, o sea, es lindo, pero no es real. En la bici estás viviendo el paisaje, eres parte de él, sientes el viento en tu rostro, lo escuchas silbar por el impresionante cañón que debes rodear, ves los insectos a la orilla de la carretera, hueles los cactus, te relajas viendo el río al fondo y te impresiona la majestuosidad de las montañas. Irónicamente fue la pedaleada más larga y dura que hice pero iba tan entretenido que las 8 horas que demoramos en llegar pasaron sin molestar; una a una, la geografía iba cambiando y todo era diferente, nuevo, único, vívido. La gente con quien conversábamos en cada parada a hidratarnos o a comer algo en la hora del almuerzo, todo era tan real, tan humano, como que cuando viajaba en automotor

todo era monótono, aburrido, impersonal, como que iba solo y no me relacionaba con nadie. Subiendo el cañón del Chicamocha, cuando nos pasaba algún camionero y hacía sonar el claxon para saludarnos, volví a sentir como cuando era niño, que te sientes un héroe porque eres capaz de hacer algo y los demás te felicitan. Esa noche, en un hotel, antes de dormirme, me sentía feliz, verdadera y saludablemente feliz; había vivido una excitante aventura; en la oscuridad de la habitación, acostado boca arriba y con mis brazos doblados bajo mi cabeza tenía una sonrisa de oreja a oreja, los ojos bien abiertos mientras recordaba toda la travesía del día. Me enamoré. Después de ese día inicié una vida diferente. Volvimos con mi amigo en bus, le di las gracias y a la semana me compré mi propia bici, la acondicioné para viajar y pasé los siguientes 2 meses recorriendo los pueblos de Santander. Los lugares, la naturaleza, la comida, la gente, los ríos, las cascadas, las cuevas, las montañas....., podría escribir un libro y aún así no podría describirte la magia de esos días en mi vida. Volví a casa, mi madre estaba feliz con mi nuevo yo. Mi amigo no podía creer cuando le envié por *e-mail* una foto mía en la bicicleta frente al mar, en el parque natural nacional Tayrona, en Santa Marta, como a 400 kilómetros de mi casa. Sencillamente no podía parar. Cada día pedaleaba más lejos, y aunque difícil por la arena, también lo hacía por la costa; en las noches me acostaba pensando en todo lo que había visto y al otro día me levantaba renovado, queriendo ver más. El mar, el viento, la naturaleza, los animalitos, todo, absolutamente todo me llenaba y me excitaba. Me sentía como un niño: sonreía, disfrutaba, me metía al mar, dormía bajo las palmeras, ¡era el paraíso!; de verdad estaba relajado y tranquilo. La dieta y el ejercicio no tan solo

me habían recuperado por completo, sino que me dieron un estado físico que yo no había tenido jamás. Es más, veía diferente, pensaba diferente y hasta hablaba diferente.

Pasaron 5 meses y me quedaba uno para terminar la licencia de incapacidad física. Me tocaba volver. Yo trabajaba en una compañía de seguros: 8 horas de trabajo en la oficina, otro montón en la casa, desayunos y almuerzos de negocios, reuniones sociales los fines de semana, el penthouse, el auto, *gadgets* tecnológicos, la ropa de moda, compañeros y amigos de trabajo que lo usan a uno para ascender, alcohol para escaparme de la realidad, mejor dicho: todo-un-ejecutivo.

Me mandaron un *e-mail* donde me contaban del tipo que me atropelló: “gerente de empresa petrolera conduciendo en estado de embriaguez”.

- Ahora entiendo -le dije-. Demandó al tipo, y con el dinero de la indemnización, se compró el hotel donde vive ahora como rey, ¿no es cierto?

-¿Demandarlo? ¿Pero cómo demandar al que me devolvió la vida?

-¿Qué? ¿¡¡pero si el tipo prácticamente lo mató!!?

-¿Matarme? ¿No escuchó cómo vivía antes? Nooo, yo era un zombie, un muerto viviente. Ahora es que de verdad estoy viviendo. En realidad ese individuo lo que me hizo fue un favor; ¡es que si no hubiera sido por ese miserable y desgraciado borracho irresponsable, yo no estaría aquí!! Ese accidente fue lo mejor que me pudo pasar. La bici ha sido el mejor descubrimiento de mi vida y como puede ver, todavía ando trepado en ella.

- Entonces, usted vive y trabaja en un hotel campestre en las montañas de Bucaramanga, Santander, Colombia. ¿Cómo hizo para venir a dar por acá?

- Y bueno, en realidad Montefiori queda en zona rural de Floridablanca. Le pertenece a un amigo y por eso el empleo es mío, además de la confianza y la amistad que me permite salir a pedalear cuando quiera e incluso, venir hasta acá y tener la certeza de que al regresar el trabajo aún es mío. La historia para venir a la QH es fácil, leo en internet blogs de ciclistas que recorren el mundo, y en alguno de ellos se mencionó esta carrera, así que me interesé y pues, aquí estoy. Ahora, debe tener en cuenta que cuando uno ha montado todo el tiempo una pesada todoterreno y ha pedaleado por carreteras sin pavimento una zona montañosa como lo es el departamento donde vivo, venir aquí a hacer estos 200 kilómetros por los Pirineos, en una bicicleta de ruta liviana, con la carretera bien pavimentada, no es que sea sencillo, pero con el entrenamiento que tengo, pues se hace más llevadero, relativamente fácil por así decirlo. En cuanto a mi estado financiero hay que tener en cuenta que vivo en una montaña. O sea, no gasto dinero en nada que físicamente no necesite. La gente que trabaja todos los días gasta su dinero en cosas que no necesitan, así, ni tienen vida por andar trabajando ni tienen dinero porque lo gastan en cosas que no necesitan. El dinero que gano por mi trabajo, mas las propinas de los visitantes que guío por la montaña, me queda casi libre en su totalidad, ya que la comida es la misma que hacemos en el hotel, y la dormida la tengo allí; mi medio de transporte es la bicicleta, entonces solo gasto muy de vez en cuando en alguna prenda de vestir o repuesto para la bici. Solo tuve que comprar los tiquetes aéreos para atravesar el

gran océano, la estadía la tengo en casa de una amiga que hice por una página de internet donde convergen mochileros de todo el mundo, la bici y esta ropa especial de ciclismo me la prestó otro amigo que hice por el mismo medio así que solo tengo que gastar en mi alimentación.

Los últimos 40 kilómetros de casi siempre descenso pasando por la Hoz de Jaca y de regreso a Sabiñánigo los hicimos en relativo silencio. El colombiano divertido con el paisaje y yo sumido en mis pensamientos. Planteaba mi vida entera a partir de cuanto había escuchado, ataba cabos y me daba explicaciones a variadas situaciones, conceptos y definiciones que hasta ese día había tenido por ciertas y verdaderas respecto a cómo había vivido mi vida hasta entonces. Mi mente iba más rápido que mi bici en ese descenso, se hacían cuadros sinópticos y ramificaciones con todas las posibilidades que arrojaba un supuesto giro o cambio en mi vida pasada, y me hacía teorías y suposiciones sobre qué nuevos rumbos tomarían aspectos de mi actual vida se me movía en dirección diferente. Era como explorar dimensiones paralelas de mi vida mientras por mis ojos pasaba todo el exuberante paisaje de los Pirineos que hasta ese momento reconocía como absolutamente invictos, bellos, aunque ya los hubiese visto en otras ocasiones.

Terminé la Quebrantahuesos y había superado todas mis expectativas con respecto a ella. Físicamente, no sé si fue porque iba entretenido hablando o escuchando, mi desempeño fue el mejor de los últimos meses, mentalmente estuve despejado y abierto a nuevos pensamientos, no sé si por la altura, el viento, la vista de la nieve en las montañas o el cansancio que no me permitía

ofrecer resistencia a todo cuanto escuchaba, y ahora que estaba en la meta, aunque satisfecho y feliz, tenía una percepción diferente a lo que pensaba iba a sentir si lograba culminar la vuelta. No veía el hecho como motivo de orgullo, de presea para mostrar, de grasa para engordar mi ego, simplemente lo veía como un suceso de vida, un magnífico y bello momento en el cual fui feliz, sin condicionamientos artificiales externos. Puedo afirmar que me la gocé completamente.

Cuando volví a percatarme del lugar, no vi al Colombiano junto a mí. Todo el mundo estaba celebrando, todos sonreían y se contaban mutuamente sus experiencias personales, esperaban que el otro terminara de hablar únicamente para poder contar la suya.

Lo vi a lo lejos caminando despacio, mirando todo a su alrededor, como siempre. Lo alcancé. Nos saludamos. Le pregunté si no iba a buscar su certificado de participación en la QH -aunque ahí mismo sentí vergüenza por la pregunta- y a entregar el chip para saber qué tiempo había hecho.

-Nunca reclamé el chip. Solo quería dar la vuelta, y estuvo increíble, muy buena. Me voy para el poblado donde me quedo, a unos 11 kilómetros de aquí. Voy a cenar con mi amiga y mañana parto a hacer la ruta de Santiago de Compostela. No iba a atravesar el océano atlántico no más que por un ciclopaseo, ¿no?

Lo invité a tomar un refresco antes de irse. Sentados allí me dijo que observara a los otros competidores. Que los escuchara. Solo hablaban de sus logros, del costo de sus bicicletas o accesorios. Nadie hizo mención de los detalles del entorno que

acabábamos de recorrer. Nadie habló de la belleza del paisaje, ni del viento. Era como si hubieran pasado por la ruta pero la ruta no hubiera pasado por ellos.

Nos despedimos. Me reuní con los otros chicos con quienes suelo entrenar, me preguntaron dónde estuve todo el tiempo y les expliqué que llegué tarde en la mañana y por eso me perdí de ellos. No les conté nada del Colombiano. Toda la noche estuve en mis pensamientos, casi que ni los escuché, y ni lo notaron.

Amor, no espero que entiendas por medio de esta carta por qué al llegar a casa estuve tan callado. O por qué compré esa nueva bici y la acondicioné para viajar. No espero que comprendas por qué me fui sin decir nada.

He recorrido nuestra provincia. Nunca había visto todo lo que hay en ella. Sus paisajes, sus gentes, sus comidas. ¿Son amables cierto? Tampoco lo había notado. En fin, creo que en un par de días estoy de regreso. Quiero que pienses en la propuesta que te voy a hacer a continuación, no me contestes nada hasta que estemos frente a frente.

Creo que vendiendo el Mercedez, algunas cosas que hay en la casa que no usamos casi nunca o que podemos prescindir de ellas y sacando mis ahorros del banco, tendremos suficiente para viajar a Colombia. Mi amigo me dio las indicaciones para llegar al hotel donde vive y trabaja. Allí compramos dos bicis todoterreno con alforjas y sé que él nos puede orientar cómo recorrer su provincia. Imagínate, seríamos unos exploradores en pleno siglo 21, ¡sería la aventura de nuestras vidas! Además, si es cierto lo que él dice, con dicho recorrido,

quedaríamos entrenados para volver a casa y me acompañarías a hacer la Quebrantahuesos. Y entonces, así, de pronto, me entenderás. TE AMO.

a mi bici

